



## ***LA REPERCUSION DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN LAS HIJAS Y LOS HIJOS.***

***Luz Martínez Ten***

***Secretaria de Mujer y Políticas Sociales FeSP UGT***

---

Tras la entrada en vigor de la Ley Integral se han publicado otras muchas normas estatales con repercusión inmediata en la lucha contra la violencia de género; entre ellas, además de las que han reformado el Código Penal.- L.O 5/2010 y 1/2015- la Ley del Estatuto de la Víctima, o las dos leyes, una ordinaria y otra orgánica, de modificación del sistema de protección de la infancia y adolescencia.

La macro encuesta del 2015 indica que hay un 37% de las víctimas que afirman que sus hijos e hijas fueron testigos de la violencia. La Ley 4/20015 del estatuto de la víctima del delito define a las víctimas directas “cuando hayan sufrido un daño o perjuicio sobre su propia persona o patrimonio, en especial lesiones físicas o psíquicas, daños emocionales o perjuicios económicos directamente causados por la comisión de un delito”. En el caso de las hijas e hijos, la ley obliga al juez a pronunciarse sobre las medidas en relación a los hijos aunque no haya petición sobre ello.

Las y los menores son víctimas directas del maltrato a sus madres, cuando presencian la violencia que se ejerce hacia la madres o simplemente porque viven en un entorno donde las relaciones violentas y el abuso de poder, que justifica, legitima y desencadena la violencia, es parte de las relaciones, afectivas y personales, internalizado un modelo negativo de relación que daña su desarrollo (UNICEF 2009).

Los datos de los estudios, en su conjunto, indican que las niñas y los niños que viven en hogares con agresiones a la pareja, tienen entre tres y nueve veces más posibilidades de ser maltratados físicamente por sus padres. Corbalán y Patró en un estudio realizado sobre una muestra de mujeres maltratadas residentes en centros de acogida, concluyeron que el 85% de los hijos y las hijas fueron testigos de la violencia ejercida sobre sus madres, y en un 66,6% de los casos también ellos y ellas fueron objeto de maltrato, mayoritariamente físico y psicológico. (A. Sepúlveda). Aun siendo relevante que la violencia contra las madres es transmitida de forma vicaria a los hijos e hijas, y sin duda puede ser un factor reproductor de situaciones de maltrato y victimización, también es posible desarrollar estrategias para hacer frente a la exposición de la violencia y mantener un desarrollo positivo que conlleve la adaptación a la vida cotidiana, calidad de relación de pareja, autoestima, habilidades de resolución de conflictos de forma positiva y capacidad de resistencia, siempre que se cuente con los recursos y circunstancias adecuadas.

Este proceso que se define como resiliencia podemos definirlo como “la capacidad o los recursos que tiene el ser humano de hacer frente a las adversidades de la vida, manteniendo un proceso normal de desarrollo, y salir de ellas fortalecido o, incluso, transformado” (Rutter, 1985; Grotber,1996; Barudy, 1998). Existen multitud de factores protectores, intrínsecos y extrínsecos al niño, que interactúan con las diversas fuentes del riesgo, reduciendo la probabilidad de las consecuencias negativas para los/as niños/as expuestos/as a situaciones de riesgo. (Lola Aguilar Redorta).

Desde la perspectiva del diseño de programas dirigidos a los menores y las menores, víctimas de la violencia de género en la familia, es fundamental explorar las posibilidades que el desarrollo de la resiliencia nos ofrece como medio de prevención y recuperación de la violencia soportada por la infancia y la juventud en ambos sexos.

*Nuestras experiencias como terapeutas nos ha enseñado que nuestra capacidad para proporcionar cuidados es uno de los ingredientes principales de la recuperación de las víctimas de la violencia. Nuestra capacidad para transmitirles nuestro interés por ellas en tanto que personas, son herramientas fundamentales de nuestro trabajo. El hecho de sentirse cuidado en un clima de compromiso y de respeto incondicional por sus experiencias, y, sobre todo, por sus esfuerzos para reconstruirse, facilita la aparición de la esperanza y de la dignidad humana. Cuando las víctimas no reciben los cuidados adecuados, se sienten nuevamente victimizadas. Esto ocurre cuando las víctimas son maltratadas, activa o pasivamente, por los profesionales que contraen la responsabilidad de ayudarles>>1.*

Por lo tanto, nos encontramos con dos prototipos de respuesta ante la violencia basados en la continuidad de los patrones de violencia o en el rechazo y superación de la situación traumática que se ha vivenciado en el marco familiar, para lo cual es necesaria una intervención interdisciplinar en los distintos ámbitos de desarrollo de las menores y los menores víctimas de la violencia de género.

---

<sup>1</sup> BURUDY, S. & ALT. (2006). “Hijas e hijos de madres resilientes”. Gedisa, Barcelona.

### ***1.- Las hijas e hijos de mujeres que sufren la violencia de género. Víctimas directas o testigos.***

La Ley 4/2015 del estatuto de la del delito define a **las víctimas directas** “cuando hayan sufrido un daño o perjuicio sobre su propia persona o patrimonio, en especial lesiones físicas o psíquicas, daños emocionales o perjuicios económicos directamente causados por la comisión de un delito”.

**Las víctimas indirectas.** Cuando su madre a fallecido a consecuencia del acto de violencia o ha desaparecido.

**Víctimas por exposición.** (Preámbulo de la Ley ) Visibilizar como víctimas a los menores que se encuentran en un entorno de violencia de género o violencia doméstica, para garantizarles el acceso a los servicios de asistencia y apoyo, así como su adopción de medidas de protección, con el objetivo de facilitar su recuperación integral.

En cuanto a las teorías psicoevolutivas, plantean que están expuestos a la violencia de género los menores y las menores que viven en un hogar donde su padre o el compañero de su madre ejerce la violencia contra ella (Pâquet-Deehy, 2004). 2. Esta exposición no los sitúa como meros “espectadores” de la situación de violencia, sino que los convierte en víctimas directas, al interaccionar en un clima de tensión y sensación de miedo e inestabilidad continuada

Con frecuencia se produce una diferenciación entre la relación de maltrato que el hombre infringe a la mujer y la relación con los hijos e hijas. De forma que no se establece una relación directa entre el maltrato a la mujer y la vivencia de los hijos e hijas. Sin embargo, tal como explicaremos a continuación, existe una contradicción en la afirmación de que una misma persona puede actuar de forma dañina con su pareja y a la vez desarrollar un vínculo saludable con los hijos e hijas. Este vínculo se distorsiona y produce graves alteraciones sistémicas en las relaciones familiares que influirán negativamente en el desarrollo y bienestar de los hijos e hijas.

Los hijos e hijas de la violencia no son, meramente “testigos” de la barbarie que desarrolla en la casa el perpetrador de tales agresiones (sean físicas, psíquicas, sexuales, económicas o de acoso litigioso, etc.); propiamente son víctimas directas de las mismas. Pues la dinámica del perpetrador es la de combinar una diversidad de formas coactivas como

---

<sup>2</sup> Lola Aguilar Redorta. NIÑOS Y NIÑAS EXPUESTOS A VIOLENCIA DE GÉNERO: UNA FORMA DE MALTRATO INFANTIL. Federación de mujeres separadas y divorciadas.



medio de mantener bajo control la sumisión familiar, y en este caso especialmente la de los hijos, que le servirán de instrumento eficaz para doblegar en tanto que madre cualquier eventual resistencia de la mujer.<sup>3</sup>

En palabras de Barudy “No tiene lógica pensar que un hombre que pega a su mujer puede ser un buen padre”, una persona que actúa maltratando a otra persona, como es el caso de las situaciones de violencia de género, demuestra un trastorno en las capacidades de vinculación afectiva y de la empatía, es incapaz de desarrollar una relación corresponsable, por lo que difícilmente podrá hacerlo de forma auténtica con los hijos e hijas. Numerosos estudios, han puesto de manifiesto, que los hombres que actúan ejerciendo la violencia de género, con frecuencia actúan de forma violenta sobre los hijos e hijas o utilizan estrategias de manipulación y distorsión para controlar o dañar a la madre.

El normal desarrollo psicosocial de los niños y niñas requiere como mínimo la satisfacción continuada de tres necesidades esenciales, seguridad, afecto y estímulo adecuado a su edad.

Las ciencias de la conducta concuerdan en afirmar que las actitudes y relaciones personales de un individuo hacia los otros se forman primariamente sobre la pauta de su relación con los padres en la primera infancia. La violencia de género tiene una repercusión multidimensional en el contexto familiar dificultando la sensación de protección necesaria para el menor y la menor. En este sentido las madres viven en un estado continuo de alarma, que se traduce en señales de peligro hacia los hijos e hijas, así como en actuaciones para prevenir las posibles consecuencias de los actos de los hijos e hijas en el ánimo y actuación del padre maltratador o para evitar que escuchen, vean o perciban la violencia que este ejerce sobre ella. Este estado de alarma es percibido emocionalmente cómo un peligro desde edades muy tempranas, traduciéndose en diversos estados físicos, psicológicos y sociales. Barudy, en los estudios sobre las consecuencias de la violencia en la infancia, explica, como la memoria emocional deja una huella muy profunda que repercutirá en la relación que los niños y niñas establezcan con su medio, y que condicionara los procesos de empatía, seguridad y confianza, necesarios para establecer relaciones saludables.

Vivencian la angustia de la madre maltratada, su temor, inseguridad, tristeza, les produce a los hijos e hijas una elevada inseguridad y confusión. Oyen gritos, insultos, ruidos de golpes, ven las marcas que dejan las agresiones, perciben el miedo y el estrés en la mirada de la madre y están inmersos en el ciclo de la violencia (tensión creciente, estallido,

---

<sup>3</sup> Ana María Pérez del Campo Federación de mujeres separadas y divorciadas.

arrepentimiento). Esta angustia se traduce en numerosos trastornos físicos, terrores nocturnos, enuresis, alteraciones del sueño, cansancio, problemas alimentarios, ansiedad, estrés, depresión... Los hijos e hijas de un maltratador, crecen inmersos en el miedo. Son candidatos al estrés postraumático, depresiones por desesperanza, o posibles trastornos de personalidad. Todo ello se puede producir sin un sólo golpe, sin un maltrato “directo”. El ejercicio de la violencia siempre afecta a los niños y las niñas, bien como receptores directos, bien como testigos. 4

La Academia Americana de Pediatría (AAP) reconoce que “ser testigo de violencia doméstica puede ser tan traumático para el niño como ser víctima de abusos físicos o sexuales”, tras la constatación de que los patrones de las alteraciones en los niños y niñas expuestos a violencia son superponibles al patrón descrito en los niños y niñas víctimas directas de abusos (Jaffe, 1986; Hughes, 1989; Salzinger, 1992). Otros investigadores afirman que la violencia de género en el ámbito familiar es una de las principales causas del trastorno de estrés post-traumático en niños (Moreno Vela, 1999; McClosed y Walker, 2000).

***Por lo tanto, los niños y niñas no son víctimas porque sean testigos de la violencia hacia sus madres, sino porque viven la violencia, son víctimas de la violencia.***

Los hijos e hijas de mujeres víctimas de violencia de género viven como la figura de referencia paterna ejerce situaciones de violencia sobre la madre, que suele actuar como agente de socialización. Experimentan de forma prolongada y directa situaciones de violencia, así como el ejercicio del poder, creyendo que la violencia es una forma de relación normal entre adultos. Estos valores pueden marcar su desarrollo, y creencias en la edad adulta, construyendo otro de los eslabones de la cadena de violencia de género. Aunque, la exposición a la violencia no determina necesariamente la reproducción de patrones de violencia o sumisión, si constituye un factor de riesgo importante.

Experimentar violencia en la infancia también aumenta el riesgo de victimización posterior y acumulación de experiencias violentas. Sufrir violencia en la familia está asociado a una exposición de la violencia en otros entornos. 5 Las razones pueden estar relacionadas con la falta de habilidades para las relaciones interpersonales, las relaciones de conflictos, flexibilidad y respeto, así como en la falta de autoprotección ante las situaciones de agresión. La tolerancia a la violencia y el maltrato puede estar relacionada con el entorno percibido en el hogar.

---

<sup>4</sup> Miguel Díez Rojo y Laura Fatima Asensi. “niños y niñas víctimas de violencia de género”. En 8º Congreso de violencia contra la mujer.

<sup>5</sup> Save de Children “En la violencia de genero, no hay una sola víctima” 2011



Es importante señalar que en los hogares donde impera la violencia los hijos e hijas presentan hasta quince veces mayor probabilidad de padecer maltrato físico, abusos sexuales y negligencia que en los hogares no violentos.

Los hijos e hijas de mujeres víctimas de violencia de género pueden presentar trastornos en el desarrollo de la afectividad, causada por las contradicciones, basadas en el temor que inspira el modelo paterno del maltratador y la sumisión de la madre frente al padre agresor. La desvalorización de la función materna, y por extensión el papel social que se le asigna a la mujer, suelen tener resultados deplorables para el futuro de las vidas de los menores, si no se les presta a tiempo la atención reparadora que les es imprescindible.

El niño y la niña pueden justificar la conducta violenta del padre por el aparente triunfo que representa, lo que les lleva a reproducir el modelo en su propia conducta. Menores y adolescentes muestran, sin embargo, una gran dependencia de la madre, a la que acaparan obsesivamente por temor a perderla. La gravedad estriba en los obstáculos y las dificultades que el agresor opone para que pueda establecerse un vínculo afectivo seguro y sano con la madre, un perverso impedimento que repercutirá precisamente en la adquisición por parte del niño o la niña del sentimiento que le permita experimentar la aceptación personal y adquirir confianza en las personas con las que se relaciona. El trastorno del vínculo es el trastorno de los trastornos, puesto que causa daño a una de las características fundamentales de la persona: su capacidad para entenderse a sí mismo y relacionarse de una forma sana y constructiva con los demás.<sup>6</sup>

El Consejo de Europa, en su resolución 1714 (2010) reconoce que ser testigo de la violencia perpetrada contra la madre es una forma de abuso psicológico contra el niño o la niña con consecuencias potencialmente muy graves. Y por ello los niños y las niñas en esta situación requieren de una acción más específica, ya que muy a menudo no son reconocidas como víctimas del impacto psicológico de su experiencia; ni como futuras víctimas; ni como elementos de una cadena de reproducción de la violencia.<sup>7</sup>

En la misma línea Cunnighan y Baker sostienen que los niños y niñas víctimas de violencia de género son aquellos que ven, que escuchan o que conocen y perciben el control coercitivo vivido por la madre. Las consecuencias que pueden sufrir son muy amplias, desde daños psicológicos hasta la muerte, así como de relación y comportamientos con sus propios progenitores.

---

<sup>6</sup> BARUDY, J. & DANTAGNAN, M. BARUDY, J. & DANTAGNAN, M. (2005). "Los buenos tratos a la infancia. Parentalidad, apego y resiliencia". Madrid.

<sup>7</sup> Save The children

Tal y como afirma Lola Aguilar,<sup>8</sup> la exposición crónica y severa a la violencia de género provoca en el menor el síndrome de estrés post-traumático de manera más consistente que otros estresores debido a los altos niveles de miedo, terror, desamparo, impotencia y la percepción de que puede morir o ser gravemente herido (Mc Nally, 1993; Moreno, 1999; Terr, 1990). En este trastorno psiquiátrico se produce una re experimentación intrusiva del trauma (recuerdos, sueños, reacción física intensa ante personas o situaciones que le recuerdan lo sucedido), una excitación psicológica (trastornos del sueño, irritabilidad, dificultad para concentrarse, hipervigilancia, respuestas exageradas a estímulos) y un modelo de conducta de evitación persistente (indiferencia, constricción emocional, evitación de actividades recordatorias del trauma, dificultad de disfrute, aislamiento).

Barudy y Dantagnan (2004) hablan de proceso traumático para nombrar “el conjunto de eventos dolorosos y/o estresantes que emerge de relaciones interpersonales significativas y cuyo contenido, su duración e intensidad agotan los recursos naturales del niño o de la niña, así como el de sus fuentes de apoyo social”. La consecuencia de esto es que el conjunto de acontecimientos perturba una parte o la totalidad de la vida afectiva, cognitiva, conductual y relacional del niño o de la niña.

Existe un vínculo emocional con la madre que determina la seguridad del niño o de la niña. Por otra parte las relaciones que se establecen y el clima de tensión plantearán qué estrategias utilizar para enfrentarse al medio y repercutirán en la forma de entender los vínculos de confianza y establecer parámetros de seguridad afectiva y emocional, que estarán presentes en todas las áreas de su desarrollo tanto psicológico, como relacional y hasta físico.

## ***2.- Las consecuencias de la violencia de género en el desarrollo psico evolutivo de las hijas e hijos***

Las investigaciones consultadas proporcionan la evidencia convincente de una serie de problemas de comportamiento que padecen los hijos y las hijas de mujeres que han sufrido violencia de género en el contexto familiar. El niño y niña testigo padece estrés postraumático y tiene más problemas sociales, de aprendizaje y de comportamiento que los hijos e hijas de hogares no violentos. Es importante subrayar, que los niños y niñas que viven en hogares con agresiones a la pareja, tienen entre tres y nueve más probabilidades de ser maltratados físicamente por sus padres<sup>9</sup>. Cuando esta agresión no es directa, el hecho de ser testigos de la violencia, o de vivir en un entorno violento, (tal

---

<sup>8</sup> Lola Aguilar Redorta. NIÑOS Y NIÑAS EXPUESTOS A VIOLENCIA DE GÉNERO: UNA FORMA DE MALTRATO INFANTIL. Federación de mujeres separadas y divorciadas.

<sup>9</sup> A. Sepúlveda García de la Torre. La Violencia de Género como causa de Maltrato Infantil.

y como hemos descrito en el capítulo anterior) tiene incidencia directa en el desarrollo psicoevolutivo, de los niños y las niñas.

Aunque la percepción de los padres y madres pueda ser que logran mantener a sus hijos alejados de las escenas violentas, y que la relación con ellos no se afecta por la violencia, aun así en estos menores se detectan los síntomas secundarios a la exposición a la violencia en sus hogares, apareciendo numerosos efectos indirectos sobre los mismos. La relación de pareja basada en la violencia se relaciona con la mala calidad de la relación padres-hijos.<sup>10</sup>

En relación con la dificultad de la madre, víctima de violencia de género, para atender las necesidades básicas de los niños y niñas, es necesario explicar, que las mujeres víctimas de violencia de género manifiestan una gran preocupación por el bienestar de sus hijos e hijas, preocupación que se agudiza en la situación de estrés que están viviendo como consecuencia de la violencia y con otros problemas asociados a estas situaciones, como el hecho de tener que enfrentarse a problemas económicos, aislamiento, desempleo, falta de apoyo, etc.

Desde esta perspectiva, la teoría del Circulo Interactivo de la Violencia Familiar <sup>11</sup>, explica que la mujer víctima, como consecuencia del maltrato por parte de su pareja, padece una alta tasa de estrés, que se refleja en síntomas psicológicos y físicos (angustia, trastornos depresivos, trastornos derivados de dicha situación), que puede llevar a una reducción en sus habilidades de manejo eficaz de los hijos e hijas.

Como consecuencia de la exposición de la violencia, a través de la relación que se establece a través del vínculo materno-filial y el contexto de violencia en el que se ven inmersos, los menores y las menores sufren estrés postraumático con altos niveles de miedo, terror, desamparo e impotencia padecidos, junto con la percepción de que puede morir o ser gravemente herido.

Perciben que son altamente vulnerables, perdiendo uno de los sentimientos más básicos del equilibrio emocional, el sentimiento de invulnerabilidad, sentimiento bajo el cual funcionan la mayoría de los individuos y que constituye un componente de vital importancia para evitar que las personas se consuman y paralicen con el miedo a su propia vulnerabilidad; en el caso de los niños que no sólo son testigos del maltrato hacia su madre sino que, a la vez, también son víctimas de esa violencia, la pérdida es todavía, si cabe, mucho más desequilibrante, pues afecta a un componente absolutamente necesario para

---

<sup>10</sup>Dolores Aguilar Redorta. La infancia víctima de violencia de género. *III Congreso del Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género. La valoración del riesgo de las víctimas*

<sup>11</sup>A. Sepúlveda García de la Torre. La Violencia de Género como causa de Maltrato Infantil.

el adecuado desarrollo de la personalidad del menor: el sentimiento de seguridad y de confianza en el mundo y en las personas que lo rodean

En estas situaciones de violencia, los niños y las niñas, pueden sentir que su vida, o la de su madre está amenazada, lo que justifique claramente que reaccionen con sensación de miedo, desamparo u horror, máxime cuando no pueden hacer nada para evitar el daño, porque no pueden distanciarse del objeto que les produce dolor. El agresor es su propio padre, (o el compañero de la madre) figura central y de referencia para el niño. Es difícil entender que la persona que les tiene que proteger es la misma que les agrede directa o indirectamente; y en la mayoría de los casos no pueden recurrir a personas de su contexto que les podrían socorrer, ya que este tipo de violencia se produce en el mayor de los secretismos, en el núcleo familiar.

Así, este tipo de violencia se agrava al ocurrir dentro del entorno que debe ser un espacio de seguridad, su propio hogar. En el mismo lugar en el que viven, construyen sentimientos de indefensión y miedo ante la preocupación de que el daño pueda repetirse, como así ocurre, la mayoría de las veces, constituyendo una amenaza continua y muchas veces percibida como incontrolable que puede llegar a paralizarles. En muchos casos, estos sentimientos se concretan en la sensación de un futuro desolador que puede traducirse en la creencia de que su vida no durará tanto como para llegar a adulto. También puede producirse la "elaboración de profecías", es decir, la creencia en una especial capacidad para pronosticar futuros acontecimientos desagradables.<sup>12</sup>

A este cuadro de tensión Barudy y Dantagnan (2004) lo denominan “proceso traumático” y lo definen como “el conjunto de eventos dolorosos y/o estresantes que emerge de relaciones interpersonales significativas y cuyo contenido, su duración e intensidad agotan los recursos naturales del niño o de la niña, así como el de sus fuentes de apoyo social”.

Las consecuencias, son muy graves en la vida de las hijas e hijos víctimas de violencia de género:

- Trastorna y dificulta el normal desarrollo de una parte o la totalidad de la vida afectiva, cognitiva, conductual y relacional del niño o de la niña.
- La exposición crónica y severa a la violencia de género provoca en el menor el síndrome de estrés post-traumático de manera más consistente que otros estresores debido a los altos niveles de miedo, terror, desamparo, impotencia y la percepción de que puede morir o ser gravemente herido.

---

<sup>12</sup> A. Sepúlveda García de la Torre. La Violencia de Género como causa de Maltrato Infantil.

- Reviven de forma repetitiva una parte del trauma. Frecuentemente tienen sueños, pesadillas, imágenes, y recuerdos frecuentes e involuntarios.
- Pueden tener reacciones físicas ante personas o situaciones que le recuerdan lo sucedido.
- Intentan evitar o huir de lugares o situaciones relacionadas con el hecho traumático, e incluso rechazan pensar o hablar de lo que les ha ocurrido.
- Excitación psicológica con síntomas de trastornos del sueño, irritabilidad, dificultad para concentrarse, hipervigilancia, respuestas exageradas a estímulos, sobresaltos...
- Evitan los procesos que puedan exponerles a situaciones que puedan sentir de riesgo o que se relacionan con las situaciones del trauma. Son frecuentes conductas como la indiferencia, constricción emocional, evitación de actividades recordatorias del trauma, aislamiento o menor interés por actividades con la que antes disfrutaba.

En los niños y niñas mayores las pesadillas perturbadoras sobre el acontecimiento traumático pueden convertirse, al cabo de varias semanas, en pesadillas generalizadas, donde pueden aparecer monstruos, rescates espectaculares o amenazas sobre ellos mismos o sobre los demás. En los más pequeños la reexperimentación del trauma puede reflejarse en juegos de carácter repetitivo desagradables donde aparecen temas o aspectos característicos del trauma o en comportamientos desestructurados. Pueden intentar evitar situaciones de daño mostrando menos interés por las actividades importantes y embotando sus sentimientos y afectos.

### **Consecuencias de la violencia directa y violencia indirecta**

Como apuntábamos al inicio, las consecuencias de la violencia se expresan de forma similar en el cuadro de estrés postraumático, ya se produzcan de forma directa o indirecta, si bien y tal como describe Ángeles Espinosa <sup>13</sup>, la magnitud del daño dependerá de multitud de variables, como el tiempo de exposición, la edad, la repetición de las situaciones, la protección que ejerza la figura materna o el entorno del menor o la menor, etc.

La autora realiza una comparación entre la violencia directa e indirecta que enmarca claramente los efectos que a continuación detallaremos.

---

<sup>13</sup> M<sup>a</sup> Angeles Espinosa Bayal. las hijas e hijos de mujeres maltratadas consecuencias para su desarrollo e integración escolar. Emakunde

### **EXPOSICION DIRECTA A LA VIOLENCIA:**

- Consecuencias físicas: retraso en el crecimiento, alteraciones del sueño y de la alimentación, retraso en el desarrollo motor, etc.
- Alteraciones emocionales: ansiedad, depresión, baja autoestima, trastorno de estrés post-traumático, etc.
- Problemas cognitivos: retraso en el lenguaje, absentismo escolar, fracaso escolar, etc.
- Problemas de conducta: falta de habilidades sociales, agresividad, inmadurez, delincuencia, toxicomanías, etc.

### **EXPOSICION INDIRECTA A LA VIOLENCIA:**

Incapacidad de las víctimas para atender a las necesidades básicas de las niñas y niños, por la situación física y emocional en la que se encuentran. Lo que puede generar situaciones de negligencia y abandono hacia los niños y niñas.

Incapacidad de los agresores de establecer una relación cálida y afectuosa cercana con sus hijas e hijos. Lo que puede generar serios problemas de vinculación afectiva y establecimiento de relaciones de apego.

#### ***.- Respuestas según la edad de desarrollo***

En relación con la edad de desarrollo de los menores y las menores, podemos distinguir distintas respuestas según Rosenberg, 1990; Jaffe, 1990<sup>14</sup>

- ***Los menores de 5 años*** reclaman unos cuidados, atención y afecto que no pueden ser respondidos adecuadamente por sus madres victimizadas, siendo además el grupo de edad más expuesto y más vulnerable a la violencia. Estos niños y niñas presentan estancamiento del peso, alteraciones del sueño, trastornos de la alimentación, problemas de control de esfínteres, ansiedad o tristeza, llanto inconsolable. Suelen comportarse con más agresividad en sus interacciones personales y a menudo se sienten responsables de los conflictos parentales. –

***Los niños y las niñas de entre 6 y 12 años*** tienen mayor control de sus emociones, capacidad de razonamiento, un círculo social más amplio. También imitan los roles de sus progenitores, mostrando admiración ante el poder y la fuerza del padre violento, y sintiendo preocupación o enfado por la actitud de la madre víctima. Presentan más ansiedad o depresión, miedos, problemas académicos, conductas agresivas, de aislamiento, y disminución de su autoestima.

---

<sup>14</sup> Dolores Aguilar Redorta. La infancia víctima de violencia de género. III Congreso del Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género. La valoración del riesgo de las víctimas

- **Los adolescentes** tienen más capacidad para extraer conclusiones sobre los acontecimientos, saben lo que pueden controlar, poseen más mecanismos para buscar ayuda. Son respuestas frecuentes los comportamientos violentos y delictivos, la adicción a drogas, las fugas del hogar, las conductas suicidas (en depresivos y en introvertidos). Pueden que asuman responsabilidades importantes, dando una falsa apariencia de madurez precoz, como el cuidado de sus hermanos y del hogar.

- **Etapa adulta:** con mayor probabilidad estos menores desarrollarán problemas crónicos psicológicos y conductuales que pueden marcar el resto de sus vidas. Con mayor frecuencia son adultos más ansiosos, con menos autoestima, mayor nivel de depresión, estrés y agresividad, además de una mayor tasa de toxodependencias (Forstrom, 1985; Silvern, 1995).

#### Consecuencias del desarrollo social, emocional y cognitivo

PRINCIPALES CONSECUENCIAS	
<b>DESARROLLO SOCIAL</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Dificultades de interacción social.</li> <li>• Conductas externalizantes: Problemas de agresividad.</li> <li>• Conductas internalizantes: Problemas de inhibición y miedo.</li> <li>• Dificultades para interpretar las claves sociales.</li> <li>• Falta de habilidades de resolución de problemas sociales. Falta de habilidad resolución de conflictos.</li> <li>• Tendencia a interpretar de forma hostil la conducta de los otros.</li> <li>• Aislamiento y soledad. Inseguridad, desconfianza. Falta de integración.</li> <li>• Conductas antisociales. Delincuencia.</li> </ul>
<b>DESARROLLO EMOCIONAL</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Falta de empatía. Dificultades para expresar y comprender emociones, tanto propias como ajenas. Ansiedad. Tristeza.</li> <li>• Internalización de roles que no le corresponden a su edad (paternalización y de género).</li> <li>• Problemas de autocontrol de la propia conducta. Escasa tolerancia a la frustración. Explosiones.</li> </ul>
<b>DESARROLLO COGNITIVO</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Baja autoestima.</li> <li>• Indefensión aprendida.</li> <li>• Tendencia a no enfrentarse a nuevas tareas por miedo al fracaso y/o a la frustración.</li> <li>• Problemas de egocentrismo cognitivo y social.</li> <li>• Juicios morales heterónomos: más permisivos con sus transgresiones que con las de los demás. Legitimidad en el uso de la violencia. Mucha</li> </ul>

### ***3.- La ausencia de buen trato como factor de violencia indirecta y directa***

Existe una relación entre el mal trato directo y el mal trato indirecto e indican que ambos pueden producir estrés en los niños y niñas. En una investigación en la que participe para analizar las consecuencias de la violencia de género en hijas e hijos, entrevistamos tanto a hijos e hijas, como a sus madres víctimas de violencia de género y a psicólogas y educadoras de Centros de Acogida a Mujeres Víctimas de Violencia de Género. Las psicólogas entrevistadas plantean que la ausencia de buen trato puede comenzar en los primeros meses de vida, donde se construye la relación de apego, fundamental para la sensación de seguridad que toda persona necesita para el desarrollo:

“La figura de apego es fundamental desde el inicio. Esta figura es la que va a cubrir las necesidades básicas del bebe. Funciona como si fuera un espejo y ayuda al bebe a ir construyendo una conciencia muy primaria de sus sensaciones corporales que luego se transformarían en emociones y más tarde se elaborarían como sentimientos. Hoy sabemos que esta figura es fundamental para el desarrollo evolutivo. Tanto, que en muchos casos, los problemas pueden aparecer mucho más tarde, a los diez u once años, pero el origen está en la ausencia de buenos tratos, en la ausencia de la figura de apego en los primeros meses”.

Socialmente esta relación que se establece con el bebé depende de la función de la madre. Cuando la madre está sufriendo malos tratos, la tensión que vive puede transmitirla al bebé, proyectando la inseguridad, el miedo, la ansiedad, es decir, proyectando un cuadro de estrés en la criatura.

Hay toda una sintomatología de las consecuencias que producen las situaciones de violencia. Desde la perspectiva del tratamiento, es importante comprender que las reacciones son respuestas ante situaciones de agresión. Una agresión que produce respuestas similares a otras que se producen ante accidentes o sucesos donde la vida se ve seriamente amenazada. Una de las madres que nos relató los malos tratos sufridos por ella y por sus hijas lo relataba así.

“Cuando acudimos al centro de acogida lo vivimos como una liberación. Es como si salieran de Irak en pleno combate. No estamos en guerra, ni en una situación parecida, no pasamos hambre...ni nada, pero es como si estuviéramos en medio de una guerra. Un niño normal va al colegio y vuelve a su casa sabiendo que es un sitio seguro. Los niños que tienen maltrato en casa tienen muchos síntomas. Desarreglos alimentarios, están muy gordos, o muy delgados, anorexias...son hiperactivos, con problemas escolares, tienen problemas con la lecto-escritura, son violentos, no tienen autoestima. Y luego tienen muchos síntomas de enfermedades, es que tienen muchos desarreglos, están destrozados.”

Cuando preguntamos por sus hijas responde:



“entraron en el centro siendo muy pequeñas. Cuando yo no estaba las amenazaba con matarlas, bueno, y cuando yo estaba también. La mayor se cae constantemente, es muy torpe, tiene problemas psicomotrices, se le caen las cosas. Y esto es por la tensión que vivió. Fue el psicólogo de los juzgados quien le detecto los síntomas. “

Las respuestas ante las situaciones de estrés

Los síntomas del estrés tanto en el plano emocional, social o cognitivo son respuestas ante la situación de riesgo que los menores y las menores están viviendo. Lo terrible de este tipo de situación es que se produce en el espacio privado, un ámbito que debería ser seguro y del que no pueden escapar. La psicóloga del centro de acogida explica que “todas las criaturas necesitan una seguridad para poder madurar. La ausencia de esta seguridad se convierte, por defecto, en malos tratos. Es decir, la ausencia de buenos tratos, representa el mal trato, ya que no se cubren las necesidades básicas de atención, afecto, seguridad que requiere para su crecimiento”.

Ante un entorno de maltrato, el niño o la niña reaccionan con miedo o con una respuesta de ataque, tal y como se describe en los síntomas que anteriormente señalamos. En palabras de la psicóloga:

“Hay dos posibles respuestas de defensa o de ataque, el niño que es víctima va a tener una respuesta de supervivencia pura y dura, reaccionando desde el miedo, pero cuando el miedo es frustrante, porque no le da una respuesta resolutive que le ayude a salir de la situación, desarrollara otro tipo de respuestas como estallidos de violencia o exceso de control”.

Los niños y las niñas que viven en hogares donde existe la violencia de género, están en una situación de alarma permanente, porque la amenaza es constante. Por esta razón, al igual que las madres, desarrollan procesos de control del entorno, con la esperanza de predecir lo que va a ocurrir y poder defenderse. La psicóloga del centro de acogida lo explica de la siguiente manera:

“Les ocurre igual que a las madres. Ellas están constantemente mirando el móvil, por si llama, e intentando saber dónde está. De la misma forma los niños luchan por tener el control para sentirse seguros. Es un estado de alerta absoluto para controlar la vida. En otros casos, por el contrario, pierden completamente el control de sus vidas. Dejan de percibir el riesgo, porque no asocian la causa con el efecto. Son los casos de abusos de drogas, por ejemplo. Detrás de muchas respuestas de adolescentes que tienen conductas de riesgo, hay una ira no conducida, y una pérdida del control de la vida“.

La explicación a las conductas que los niños y niñas adoptan como consecuencia del estrés que se produce con las situaciones del maltrato se encuentra en la limitación que viven para aprender estrategias de adaptación al medio. Las situaciones de violencia

directa o indirecta que sufren, producen graves desórdenes adaptativos, ya que nunca hay una conducta correcta que les garantice que van a evitar el dolor. En un proceso normal, donde el niño o la niña viven en un entorno seguro, aprende a leer las situaciones y las consecuencias de las acciones que realiza. Si se va a la cama a tiempo, si se come todo, si estudia...cada una de las acciones tiene una respuesta positiva de las personas que le cuidan. En las situaciones de maltrato, nada es previsible, ni tiene una lógica que pueda presuponer. Se ven inmersos en una sensación continua de peligro que no pueden evitar.

“las conductas violentas limitan sus estrategias de adaptación y su capacidad de reacción ante las situaciones, porque haga lo que haga, va a sufrir daño. Esta es la razón por la que aparece el estrés. Te estoy sometiendo a un peligro continuo y te anulo la capacidad de reacción. Por esta razón se sienten culpables, tienen la autoestima muy baja. ...”. Psicóloga del centro de acogida.

“Y luego, no te proporciono lo que podría ayudarte, porque no te dejo hablar, no puedes expresarlo sin sentirte juzgado. Muchas veces cuando los niños cuentan lo que les ha pasado, los adultos pensamos que se lo están inventando. Ocurre mucho en los juzgados. Le están diciendo que te lo has inventado, que eres una histérica...la lógica social les niega el derecho a sentirse víctimas, por lo que se sienten culpables y llegan a creerse que realmente algo han hecho, que se lo merecen...Porque una de las estrategias del maltratador es abonar el terreno para que la víctima sienta que se lo merece”. Psicóloga centro de acogida.

### ***La respuesta en el sistema escolar. Hiperactividad y problemas de atención***

Detrás de conductas desordenadas, violentas o hiperactivas en el ámbito escolar, así como en aquellas situaciones de excesivo control, se pueden encontrar situaciones de violencia de género en la familia.

El control o no control se refleja claramente en los estudios. Las educadoras del centro de acogida señalaban que “suelen ser muy aplicados y sacar todo con unas notas increíbles o ser un desastre en los estudios”. Una de las hijas entrevistadas nos comentaba que siempre había sido muy estudiosa. Desde pequeña se volcó en los estudios, porque sentía que era algo que podía hacer” En el momento de la entrevista, estaba terminando la carrera de música. La madre de dos hijos de acogida, víctimas de una madre que había sufrido violencia de género nos explicaba las reacciones tan dispares de los dos niños.

“Él es listísimo, brillante. Tiene que ser el mejor. Saca todo sobre salientes. Ella es todo lo contrario. Se niega a estudiar. Es como si no fuera con ella. Yo le digo que es por su bien, pero ella no quiere saber nada de los estudios”

De la misma forma, hemos detectado que hay una alarma sobre la hiperactividad infantil en los colegios que suele tratarse con medicación. La psicóloga del centro de acogía contestaba a este tipo de tratamientos:

“No se suele diagnosticar bien la hiperactividad infantil. En muchos casos es un proceso de alerta que responde a una estrategia de supervivencia. Estos niños están constantemente en alerta por lo que pueda pasar, es una respuesta ante la situación de maltrato y no han podido desarrollar la atención desde la tranquilidad que requiere este aprendizaje.”

En la misma línea la psicóloga explicaba que es importante aclarar entre la comunidad educativa, y los recursos sanitarios y psicosociales que el problema no lo tiene el niño o la niña que han vivido la violencia directa o indirecta, sino que el problema está en el medio en el que se desarrolla la vida de las víctimas y en el agresor. “El agresor tiene un problema, y son las mujeres, los niños y las niñas quienes lo sufren. En cuanto a la dificultad para aprender aclara:

“El aprendizaje al final, es como otras muchas cosas es una conducta de auto cuidado, yo aprendo porque lo he necesitado y porque me va posibilitar un desarrollo. Evidentemente aprendemos porque queremos sobrevivir, porque nos estamos auto cuidando, pero estos niños tienen una laguna de autoestima enorme y al creer que no valen, procesan que no merecen aprender, es decir, no merecen invertir en ellos”.

### ***La negación de los afectos como síntoma de estrés en situaciones de violencia de género.***

Los niños y niñas que han vivido situaciones de violencia por parte del progenitor pueden sufrir una pérdida de confianza en otros seres humanos, negarse la capacidad de establecer relaciones afectivas y vínculos seguros. Si la persona que es responsable de tu seguridad y bienestar es la que te causa dolor, difícilmente se va a producir un aprendizaje de confianza. Uno de los hijos entrevistados explicaba lo que él entendía como precauciones para no sentir dolor:

“Me construí una coraza para que no me hicieran daño. Me aíse de todo. Yo tengo muy pocos amigos. Nunca hablo de lo que me pasó. Yo no me veo con una pareja para toda la vida. La vida te da hostias y con las hostias aprendes. Yo paso de tener hijos. Nadie sabe mi historia. Nunca hablo de lo que pasó, ni de lo que sufrí. Cuando pasó lo de mi padre yo me metí en mi mundo y sigo en mi mundo. He conseguido...poniéndome la coraza...y controlando mi vida...me empecé a montar las cosas en mi cabeza, y conseguí estar a gusto. Tengo las ideas muy claras. Jamás podría tocar a un niño...”

Desde la perspectiva de las psicólogas entrevistadas, cuando no hay una relación de apego segura, puede existir una negación de los sentimientos y los afectos.

---

“El niño aprende lo que es útil y lo que no es útil, igual que los hijos de los papás sordos dejan de llorar, no lloran porque aprenden que el llanto es inútil y aprenden otras respuestas para atender a sus necesidades. En un niño que es despreciado por manifestar sus emociones o no son cubiertas cuando las expresa, lo que hace es anularlas, y bloquearlas”.

En estos casos el tratamiento terapéutico puede ayudar a restaurar la confianza, la manifestación de los afectos y crear vínculos seguros que no han sido desarrollados en los primeros años.

### ***Diagnósticos psicopatológicos de los niños y las niñas víctimas de violencia de género***

Para las psicólogas entrevistadas el enfoque que se le da a las respuestas de las niñas y los niños en contextos de violencia de género, debe realizarse desde una perspectiva de recuperación terapéutica, que no necesariamente pasa por el diagnóstico patológico.

Las reacciones violentas, de falta de atención o de hiperactividad, pueden ser síntomas de un entorno en el que están viviendo violencia directa o indirecta. Cuando no son capaces de elaborar una respuesta adaptativa de la que tengan respuestas positivas, los niños y las niñas pueden colocarse en los extremos del control o del no control que les lleven a reacciones muy desadaptativas. Es importante comprender, que en las primeras edades la elaboración de trauma es muy compleja, ya que es necesario el proceso de la palabra para tomar consciencia de lo ocurrido, de forma que se pueda trabajar sobre él.

“Hay que pensar que las respuestas ante la agresión, son respuestas de defensa que debemos considerar normales. Lo que no es normal es lo que el niño vive. No es un problema psicopatológico, son estrategias puras y duras de adaptación. Es una reacción de supervivencia. Estos niños tienen un desarrollo del sistema nervioso con un estrés añadido que no tendría un niño en condiciones normales. Para que puedan elaborar lo que les ha sucedido, necesitan entornos seguros donde se les escuche sin culpabilizarles o juzgarles.

Desde esta perspectiva, y de acuerdo con las afirmaciones de las psicólogas es necesario diagnosticar comprender la situación que han vivido, para ofrecerles la ayuda terapéutica, educativa y social que necesitan.

“Es necesario cambiar la mirada, entender cuando aparecieron los malos tratos, cómo se han producido....cómo han reaccionado ante la desorganización que existen cuando hay una ausencia de presencia de figuras parentales. No podemos estigmatizarles desde el trastorno, sino que debemos verlos como víctimas”.

#### ***4.- Resiliencia y proceso terapéutico en los casos de los hijos e hijas víctimas de la violencia de género***

Uno de los componentes más importantes de las relaciones afectivas que forjan una persona sana es el hecho de haber sido atendida, cuidada, protegida y educada en periodos tan cruciales de la vida como la infancia y la adolescencia, lo cual determina la capacidad de cuidarse a sí mismo y de participar en dinámicas sociales para atender las necesidades de los demás. 15 Existen suficientes argumentos y testimonios que justifican el hecho de que proporcionar cuidados y buen trato es tan indispensable para la supervivencia como otras funciones vitales. En el caso de los niños y niñas víctimas de violencia de género la ausencia de buen trato y el mal trato, impiden un desarrollo equilibrado, y presentan como vimos en el capítulo anterior, síntomas y disfunciones para cuya recuperación necesitan de la atención y tratamiento especializado, pues las consecuencias no desaparecen con el paso del tiempo y el olvido. La reparación solo puede venir por la vía terapéutica especializada.

La violencia impide experimentar la aceptación personal y adquirir confianza en las personas con las que se relaciona. El trastorno del vínculo es el trastorno de los trastornos, puesto que causa daño a una de las características fundamentales de la persona: su capacidad para entenderse a sí mismo y relacionarse de una forma sana y constructiva con los demás.

En opinión de Judit Herman, las supervivientes tienen problemas esenciales con la confianza básica, con la autonomía y la iniciativa. Se enfrentan a labores que son propias de adultos –como establecer la independencia y la intimidad– teniendo que soportar el deterioro de funciones tan fundamentales como el cuidado de una misma, la cognición y la memoria, la identidad y la capacidad para formalizar relaciones estables.

El proceso terapéutico es la clave para la restitución de la confianza en uno mismo y en los demás y se realiza a través de lo que Boris Cyrulnik ha denominado resiliencia.

“La resiliencia es la capacidad de una persona o un grupo para desarrollarse bien, para seguir proyectándose en el futuro a pesar de los acontecimientos desestabilizadores, de condiciones de vida difíciles y de traumas a veces graves. La resiliencia depende en gran

---

<sup>15</sup> Jorge Barudy y Maryorie Dantagnan. “Los buenos tratos a la infancia” Gedisa editorial 2005. Pg 24

parte de encontrar un sentido, una coherencia a la vida. La autoestima, las competencias, las aptitudes y el humor”.

*Los factores para la resiliencia son:*

- Un acercamiento activo, evocador hacia el problema a resolver, permitiendo negociar una serie de experiencias emocionalmente arriesgadas.
- Una habilidad de la infancia para ganar la atención positiva de los otros.
- Una visión optimista de sus experiencias.
- Una habilidad para mantener una visión positiva de una vida significativa.
- Una habilidad de estar alerta y autónomo.
- Una tendencia a buscar nuevas experiencias.
- Una perspectiva proactiva.
- Capacidad de entenderse a uno mismo.
- Capacidad para poner límites al estrés familiar.

### ***El reconocimiento del daño que produce la violencia directa o indirecta en los hijos e hijas para la recuperación terapéutica***

A lo largo de las entrevistas que realice se repitió la importancia de reconocer a la niña y al niño como víctimas de la violencia de género. Este reconocimiento se sustenta en tres razones fundamentales. La primera está relacionada con la separación de la figura agresora, que en estas situaciones es el padre o la pareja de la madre, como explicábamos en los capítulos anteriores, la recuperación y reparación del daño no puede realizarse si continua una exposición al daño y un vínculo con el sujeto que agrede. En segundo lugar, porque sólo reconociendo que son víctimas, es decir, sólo reconociendo la agresión que han sufrido, puede realizarse un proceso terapéutico, y en tercer lugar, porque si no existe este reconocimiento de la hija e hijo como víctima, no se crearán los recursos adecuados para la prevención, tratamiento y protección de las menores y los menores. La psicóloga del centro de acogida explicaba la importancia del reconocimiento del daño, y por lo tanto el reconocimiento de los menores y las menores como víctimas de la siguiente forma:

“El peligro del caso de los niños y niñas con maltrato es que no nos damos cuenta de que la ausencia de buenos tratos es en sí un mal trato. Ya solo el hecho de que no haya buenos tratos, que el padre me ignore, que no me refuerce, que no exprese que soy importante y que va a cuidar de mi, ya es dañino. Si además hay malos tratos, estamos ante una víctima directa.



Sólo reconociéndoles como víctimas, es posible. Es fundamental explicar que son víctimas para poder construir sistemas de apoyo, que se traducen en servicios terapéuticos, y otras redes protectoras que van a funcionar desde la escuela, la familia, los servicios sanitarios, para proteger y reparar el daño que ha sufrido este menor. Sólo desde el reconocimiento del daño es posible darles una protección. “

Es interesante aclarar que el reconocimiento de que han sido víctimas no implica que no puedan salir del proceso de la violencia y del sufrimiento, sino que por el contrario, a partir de la toma de conciencia de los hechos, comienza un trabajo de superación que desde la psicología se denomina resiliencia. El reconocimiento del daño, la interpretación y la objetivación de los hechos, no hace que se borre lo que han vivido. El trauma no desaparece, pero si aprenden estrategias para afrontarlo, tomando el control de las emociones y aprendiendo a tomar decisiones que les permitan superar lo vivido y construir alternativas a un aprendizaje de maltrato. Desde la experiencia terapéutica, la psicóloga del centro de acogida lo explica de la siguiente forma:

“Una vez que son conscientes de que han sido víctimas de un proceso de malos tratos, tenemos que hacerles comprender que es posible reparar el daño (...) el hecho de ser víctimas no les hace vulnerables, en el sentido de que están rotos, sino que por el contrario son, al haber salido de una situación de violencia y haberla superado son mucho más fuertes y tienen más recursos, que muchas personas que nunca se han enfrentado a situaciones tan extremas.

De la misma forma, a través del reconocimiento del daño que han sufrido se puede ayudar a estos niños y niñas enseñándoles estrategias de interpretación y superación. Para ello, es necesario no ponerles etiquetas, ni expresar ideas o sentimientos que determinen las consecuencias de una infancia de maltrato. La lectura positiva a través de la cual se puede superar las situaciones vividas, hace posible que el niño o la niña activen mecanismos de superación y aprendizaje que les ayuden a romper la profecía por la cual un hijo de maltratador es maltratador y una hija será maltratada:

“No necesitan las etiquetas negativas. Tienen que entender que no son culpables de lo sucedido. Interpretar sus reacciones dentro del contexto de respuesta al maltrato. Porque cuando han tenido reacciones de violencia, ira, aislamiento o sumisión, eran estrategias para adaptarse, para sobrevivir a una situación de peligro. Reaccionaron de la única forma que supieron o que podían. Y una vez que han procesado lo ocurrido, pueden cambiar. En este sentido, tienen que comprender que son responsables de su propio cambio, de darle la vuelta, de hacerlo en positivo. Tienen que entender que tienen que hacerlo, porque nadie lo hará por ellos”.

Los hijos e hijas entrevistadas, que han vivido un proceso de acompañamiento dentro de la casa de acogida, a la que llegaron con sus madres, y en donde recibieron un apoyo de

las educadoras, equipos de psicólogas e incluso de sus grupos de amigos y amigas, son conscientes de que han realizado un proceso de toma de conciencia de lo que les ha sucedido, y como consecuencia, han optado por vivir una vida diferente a la de su madre o a la de su padre.

“Tengo mucha ganas de cosas. Cuando me propongo algo lo consigo. Quiero viajar, disfrutar, abonar un poquito la cabeza, tener unas ideas para el futuro, ordenar el mundo (...) las cosas que yo vi que no tenía cuando era pequeño intento dárselas a mi hermana, y tenerlas en mi vida. (..) si les digo la verdad no me he metido droga en mi vida, no me gusta el alcohol, fumo mucho, eso si. Pero no soy como otros chicos de veinte años. Me parece que tienen una idea absurda de la vida, eso de pegarte la fiesta padre, sin trabajar, sin hacer nada. Creo que la felicidad plena no existe, pero si la felicidad en momentos...”). Hijo de madre víctima de violencia de género.

“Voy aceptando que soy inteligente. Creo que hay que tener fuerza y cojones con perdón, es mucho más fácil quedarte y no salir. Yo he buscado información, es muy difícil leer un libro, ver una película para decirte, esto es lo que a mí me pasa. Tienes que reaccionar.(..) Buscar información, ayuda. Yo he madurado mucho antes, lo noto cuando hablo con otras amigas. Lo que me ha pasado me ha hecho ver las cosas desde otra perspectiva y valorar lo que realmente es importante. Soy muy práctica. Me marque mi objetivo que era sacar mi carrera”. Hija de madre víctima de violencia de género.

Los hijos e hijas que entreviste manifestaron que no es fácil, que salir de estas situaciones requiere mucho esfuerzo y fuerza de voluntad. La psicóloga del centro de acogida explicaba “hay que saber que es un camino difícil, que es un camino complicado, pero tenemos que explicarles que se puede salir de las situaciones de violencia, que se consigue”.

### ***El apoyo y acompañamiento de los hijos e hijas de mujeres víctimas de violencia de género***

Si el primer paso para ayudar a los hijos e hijas de madres que han sufrido violencia de género es su reconocimiento como víctimas, el segundo, sin duda es el desarrollo de un proceso de acompañamiento en el que se les proporcione la ayuda necesaria para la superación de la situación traumática que han vivido y que les ha producido una reacción de estrés postraumático. Los estudios muestran cómo en la mayoría de los casos es posible la recuperación y la reestructuración del desarrollo de la persona, pero para esta es más efectiva cuando se crea un entorno de seguridad en el que las niñas y los niños puedan desarrollar estrategias de resiliencia. Y aunque como veíamos, en el punto anterior, los niños y niñas, tienen que ser protagonistas del cambio, somos los adultos, desde las distintas instituciones, los que tenemos la obligación de acompañar a los menores y la menores para ayudarles a avanzar y construir una identidad equilibrada, que les permita



alejarse del maltrato y romper la cadena. La psicóloga del centro, precisa que los menores están en proceso de crecimiento, por lo que necesitan la tutela adecuada para desarrollarse plenamente en un ambiente que cubra sus necesidades básicas, recibiendo los cuidados y atenciones adecuadas a cada situación:

“Estamos hablando de un menor. Nosotros sabemos que es vulnerable porque está en una situación de dependencia del mundo adulto, aún no tiene los recursos para valerse por sí mismo. Está en un proceso de construcción. Por esta razón, las personas adultas tenemos la obligación de visibilizar el daño que le han hecho y de acompañarles en la recuperación. Somos responsables del maltrato que han sufrido y por lo tanto, responsables de garantizar la ayuda que necesitan”.

De una forma completamente distinta, pero con la misma claridad se expresaba un hijo víctima de la violencia de género:

“A un niño que está sufriendo violencia en su casa, le diría que busque ayuda, que hable con su profesor, que hable con su madre... Que lo cuente, que busque ayuda, que pueden ayudarle. Porque un niño no puede poner una denuncia como una persona adulta, no puede decir pues me voy...yo salgo adelante. Un niño es mucho más complicado...creo que si te sucede, tienes que pedir ayuda, es mejor ir a un centro de menores.... Y a una madre le diría que salga de casa, saca a tus hijos y denuncia”.

### ***La necesidad de un entorno seguro para la recuperación de los menores y las menores***

Las casas de acogida de las mujeres víctimas de violencia de género han incorporado recursos materiales y humanos para que las mujeres que son madres puedan vivir con sus hijos e hijas (los niños pueden estar con las madres hasta los doce años, en el caso de las niñas no hay edad límite). Tanto las educadoras, como las madres, psicólogas y otras personas entrevistadas nos explicaban como la capacidad de dormir toda la noche, sin pesadillas, ni sobresaltos, es el primer cambio que se opera en los hijos e hijas. Este es sólo uno de los síntomas del estrés postraumático que se corrige en los primeros días. Pero existen otros indicadores como la alimentación, la expresión de las emociones, la recuperación de la confianza, los resultados escolares que en un ambiente de seguridad se restituyen en poco tiempo. Una de las madres nos explicaba:

“Yo pensaba que mis hijos tenían un sueño muy ligero, porque desde que nacieron, nunca han dormido una noche seguida, pero a los pocos días de estar aquí, comenzaron a dormir como lirones, no se despiertan, ni tienen pesadillas”.

Otra de las madres relataba, que “para su hija, esta era su casa”. En otros casos, los niños pueden expresar sus sentimientos sin temor a ser castigados o a sufrir la violencia. Una



de las madres nos comentaba cual fue su sorpresa cuando al llegar al centro, su hijo comenzó a tener rabietas, “cuando nunca había gritado” la psicóloga la explico, que el niño vivía en tal estado de alarma, que no se permitía ninguna reacción que pudiera ponerle en peligro. No es que fuera muy bueno antes, es que no podía expresar lo que sentía por temor a ser castigado.

Este ambiente de seguridad es necesario para desarrollar el proceso de recuperación, ya que el niño y la niña tienen que mostrar sentimientos y actitudes que viven como arriesgados. Han desarrollado estrategias para responder al sufrimiento que tienen que desmontar, quedándose un tiempo sin recursos para actuar y no pueden hacerlo si se sienten amenazados. Desaprender las conductas que les han ayudado a sobrevivir, por muy agresivas o dañinas que puedan parecer, supone un riesgo. Es como desnudarse, es necesario hacerlo al abrigo de miradas que no puedan dañarles. La segunda parte es aprender otras conductas adaptativas que les devuelvan la confianza, pero entre el primer paso y el segundo, es necesario un proceso de contención y seguridad. La psicóloga del centro de acogida lo explica de la siguiente forma:

“Lo que hacemos en la terapia es proporcionarles un entorno seguro (...) hacerles sentir que les crees, que no les estas cuestionando. Solo desde la confianza pueden elaborar de una manera distinta. Esta elaboración donde les ayudamos a poner palabras a lo sucedido no es fácil. Hay que tener en cuenta que el trauma, las situaciones que han vivido, no las pueden relatar, porque están fuertemente ligadas a la memoria sensorial. Siento el miedo, siento la angustia, y lo siento de forma traumática: Cuando les hacemos recordar, vuelven a estar en estado de alerta, porque las vivencias no las han racionalizado. Te pondré un ejemplo, una mujer está andando tranquilamente por la calle y de repente ve un coche rojo y se pone a gritar. Ella no puede explicar el porqué. No recuerda, porque nunca lo racionalizo, que en un coche rojo tuvo una agresión. La presencia del coche rojo le hace revivir la angustia sin que pueda explicar la razón. Lo mismo ocurre con los niños. Cuando les ayudamos a poner la palabra, en más de una terapia, hay crisis de ansiedad, hay estado de alerta porque no han elaborado los sucesos traumáticos que han vivido. En terapia les ayudamos en la elaboración de este suceso. En un entorno seguro puedes ayudarles a bajar el estado de alerta y elaborar a través de la palabra, del juego o de otras técnicas, lo que han vivido”.

La confianza son fundamentales para que los niños y niñas que han sido víctimas puedan elaborar lo que han vivido. El estado de alerta en el que han estado inmersos en el hogar violento, no les ha permitido procesar el dolor ni el miedo, razón por la que muchas veces reaccionan con actitudes de ataque, huida o inhibición.

“Todas las personas tenemos una respuesta de supervivencia pura y dura, se me despiertan dos posibles respuesta, una de ataque, una de huida. Lo primero que van a hacer es

quedarse con el miedo. Cuando el miedo es una constante frustración porque no me pueden dar la respuesta que me saque de esta situación, entonces estallo en rabia.”  
Psicóloga de centro de acogida.

En este entorno seguro, los niños y niñas pueden comprender que su situación no es normal, y que lo que les ha sucedido es un suceso injusto e inmerecido que les ha convertido en víctimas. Solo desde el reconocimiento del dolor, pueden desarrollar un proceso de elaboración que les llevara a buscar estrategias para restaurar la confianza con las demás personas.

“Todas las teorías les hacen sentir culpables. Hay que pensar que el agresor ha generado un terreno para que el niño dude de sus derechos, para que nunca este tranquilo, nunca se sienta seguro. No puede bajar la guardia porque el agresor es impredecible. Y cuando expresas tu miedo no te creen. Por eso, es necesario conectar sin etiquetar su comportamiento, comprendiendo que detrás de una respuesta violenta, de la rabia, hay un suceso traumático. Si consigues que bajen la alarma, entonces hay que trabajar para que elaboren lo sucedido, lo pasen por la lavadora de la racionalización”.

Una de las hijas entrevistadas explicaba cómo durante mucho tiempo había pensado que todo lo que sucedía era por su culpa, porque todo la decía que un padre es la persona que te cuida, que te quiere y te protege.

“Cuando he tenido momentos en que me pregunto porque no he podido tener una vida normal, con una familia normal. Aquí estuve con terapia diecisiete meses...esto sin terapia, yo no podría...y cuanto más pequeño seas mejor...porque no entiendes nada...si es tu padre le tienes que querer, porque me trata mal...pero...aquí el niño está fuera del contexto del padre y puedes pensar por ti mismo, puedes pensar mejor las cosas, pero si estas allí viviendo con él, al confusión que tienes es tremenda, porque mi padre trata mal a mi madre, porque me miente, porque me trata mal...si el niño vive con el padre es imposible...yo creo que hay que alejarle del padre y ayudarle en terapia”.

### ***La figura de la persona adulta en la construcción de la resiliencia***

En todas las entrevistas realizadas observe que la madre ha sido un pilar fundamental como apoyo afectivo de los hijos e hijas, actuando como figura de resiliencia. Pero al estar inmersas en el proceso traumático, otras personas pueden ocupar una posición significativa, como tutores y tutoras de resiliencia. Las educadoras del centro manifestaban la importancia de los profesores y profesoras en el centro escolar para conectar con los menores, devolviéndoles una imagen positiva de ellos mismos.

Tanto las educadoras del centro como el profesorado, monitores de tiempo libre o cualquier otra persona que establezca una relación positiva con el menor puede ser tutor resiliente. Para muchos niños el medio escolar es una segunda fuente de cuidados, buenos



tratos y seguridad después del hogar. A veces incluso la única. El personal docente y directivo de un colegio puede constituir un modelo adulto de buen trato, mediante relaciones afectivas de apoyo y respeto puede brindar experiencias que a menudo faltan en el hogar familiar o en el barrio en que vive un niño o una niña en situación de riesgo.

Es importante comprender que estas personas no sustituyen a la figura del padre o la madre. La psicóloga del centro lo explicaba con las siguientes palabras:

“Cuando tú has tenido la posibilidad de construir un apego seguro a través de tus relaciones, es cuando posibilitamos el desarrollo de capacidades resilientes para hacer frente a situaciones traumáticas. (...)Lo que sabemos es que las personas que no han podido desarrollarlo, pueden hacerlo a través de un tutor que te hace como un espejo de ti mismo. Te devuelve una perspectiva positiva, te hace creer en tus posibilidades, te saca de la culpa y que te ayuda a abrir un nuevo camino, un punto y aparte para seguir. Porque si no hacen este proceso, si no reciben ayuda para elaborar el sufrimiento, para contener el estrés y sustituir la carencia del padre con otras relaciones afectivas, nunca sentirán que llegan a un puerto seguro, desde donde construir nuevas relaciones.”

Los hijos e hijas entrevistadas afirmaron que en el centro habían recibido apoyo de las educadoras y de las psicólogas que les habían ayudado a elaborar el proceso. Aunque reclamaban programas específicos, porque las psicólogas, cuando estuvieron en el centro, atendían principalmente a las madres.

### ***Apego y resiliencia***

Desde la terapia se construyen asociaciones nuevas de buenos tratos, para sustituirlas por las creencias sobre las que se ha fundamentado el dolor.

“Son niños y niñas que creen que no pueden confiar en nadie, (...) se mueve en relaciones dicotómicas, es decir la realidad es buena o mala, estas de mi parte o estás contra mí, tengo un éxito absoluto o no lo tengo, o te controlo o me controlas.”

“Hay niños que son muy empáticos y otros que desarrollan una dependencia absoluta, estos niños que son camaleónicos, que se van con cualquiera, porque lo único que quieren es que les quieran, al precio que sea, porque tienen una enorme dependencia afectiva. Un nene o nena que no tiene conciencia, que no tiene autoestima que no se valora y que se va a vender ante el mínimo afecto, es que no han elaborado una figura de seguridad, que no seleccionan las relaciones...cuando decimos que bueno que es este niño.. qué sociable, en realidad tiene un problema, el niño que llora cuando le pasas de unos brazos a otros, en realidad está sano, tiene la capacidad de ser selectivo, lo que te asegura que en la edad adulta seas capaz de seleccionar tus relaciones. De esta forma serás capaz de decir que si o que no.” Psicóloga centro de acogida.

La incapacidad para establecer relaciones afectivas que sean seguras condenan a las niñas a asumir relaciones de maltrato cuando son mayores, porque por socialización, el niño tendera a colocarse en una situación de exigencia, mientras que la niña en una situación de sumisión, de aceptación de cualquier situación, por dolorosa que sea, con tal que de la quieran.

En el marco de la resiliencia y los buenos tratos, la relación de apego que se ha construido en la infancia es muy importante para poder tener respuestas de autocuidado.

“La relación de apego es fundamental para entender la seguridad de los niños y las niñas y esta no se construye cuando hay ausencia de buen trato. Si no te refuerzo positivamente, si no hay una expresión de lo afectivo, no solo con la palabra, sino con todo el lenguaje corporal, entonces te estoy haciendo sentir que no vales...y luego tenemos conductas que están tipificadas como mal trato: Físico, psicológico...” Psicóloga centro de acogida.

“Cuando hablamos de resiliencia, estamos hablando de esto. De la capacidad de superación, la capacidad que tienen las personas para hacer frente a los problemas de la vida, cuando hemos construido un apego seguro. (...) este apego te permite la autonomía para responder de forma adaptativa a las circunstancias de tu vida, sin que se pare ante un problema. Cuando somos resilientes podemos doblarnos pero no fracturarnos. Los niños y niñas que han sufrido maltrato no generan esta capacidad de resiliencia.”

### ***.- La elaboración del trauma en el proceso terapéutico, desde la perspectiva de los buenos tratos***

Para comprender la importancia del apoyo a los niños y niñas víctimas de violencia de género es necesario comprender que en estas situaciones no han elaborado el manejo de sus emociones. En muchos casos hay una disociación completa, en otros de control. La psicóloga del centro describe el trabajo que se hace en la terapia:

“Muchos niños reaccionan con ira, desde las emociones más primarias al estrés que están padeciendo. Otra respuesta es la ira o el ataque desde las emociones más primarias. En terapia trabajamos sobre ello, les ayudamos a elaborarlo, porque no tienen conciencia de sus emociones. Nos encontramos con niños fríos porque no tienen capacidad de empatía, no la desarrollan, evitan el contacto emocional, es lo que llamamos apego evitativo, evitan las relaciones personales. Son racionales. En este sentido es importante la construcción del género, hay más niños así, porque reprimen los afectos. Porque socialmente aceptamos que los niños sean rudos y racionales, por lo que consideran que su conducta es normal, no toman conciencia de que tienen un problema. En cambio en el caso de las niñas, si es fría y es distante, muchas personas le van a decir, esto lo tienes que trabajar, esto no es normal, eres demasiado fría, pero esto puede ser bueno, porque va a tomar conciencia de que algo tiene que hacer, pero el niño no va a recibir esta señal.”



Las razones por las que los niños no entran en contacto con las emociones son porque al hacerlo se desbordan. Es cuando aparece la ira. Les enseñamos que los recursos que utilizan en realidad no les ayudan, Para poder sustituirlos por otros necesitan mucha seguridad, y aportarles recursos y métodos para poder elaborar el trauma. Para ello es imprescindible que no estén con el agresor.

En terapia no podemos borrar el daño, pero podemos hacer un proceso constructivo. Explicarles que son supervivientes que han vivido circunstancias excepcionales que han conseguido superar, y cuando alguien te lo hace ver, te das cuenta de que tienes recursos extremos que la mayor parte de las personas no tienen y que puedes utilizarlos en tu propio beneficio

Cuando estallan en rabia no hay que juzgarlos. La rabia y la ira, como otros mecanismos como el engaño o la manipulación son válvulas de escape para regular las situaciones de angustia. Si les quitas los recursos que tienen sin darles otros, les estas destrozando, porque son los apoyos que tienen para hacer frente al daño.

Por eso cuando lo vas eliminando en un proceso terapéutico lo haces de forma controlada, y te voy enseñando a través del juego, o de técnicas desarrollar una regulación emocional porque estabas en un estado de estrés y no pudiste hacerlo sin ayuda. “

Por último, comprender, como nos han explicado tanto las hijas e hijos, como las madres y las psicólogas y educadoras, que el daño no desaparecerá jamás, pero sí podemos ayudarles a hacer un punto y aparte para que prosigan con sus vidas, aprendiendo a manejar las emociones, comprendiendo que siempre tuvieron y tienen derecho a relaciones de buen trato y que son un ejemplo de supervivencia. Desarrollar en ellos y en ellas un autoconcepto positivo, una identidad segura en el que prevalezca el respeto y el amor por uno mismo y una misma. Enseñarles a relatar lo que vivieron para poder superarlo. Enseñarles a amar y a ser amadas y amados desde los buenos tratos. Los testimonios que hemos recogido muestran que es posible reconstruir la vida cuando se recibe la ayuda adecuada.

Las chicas y chicos que entrevistamos, se ofrecieron a ayudar con sus testimonios. Algunos, eran la primera vez que relataban su historia fuera de un proceso terapéutico. En todos los casos nos brindaron su ayuda para intentar evitar que ningún niño, ninguna niña, vuelva a vivir el infierno que padecieron.

## **Conclusiones**

No debe confundirse la violencia de género con la violencia doméstica y la violencia hacia la infancia, aunque existe una relación entre los tres modelos de violencia, es preciso diferenciarlas adecuadamente para desarrollar estrategias de prevención, detección y recuperación de las víctimas.



Los hijos e hijas de madres que sufren violencia de género son víctimas directas que viven una violencia que repercute en su bienestar y en su desarrollo, psicológico, social y afectivo. Los hijos e hijas de madres víctimas de violencia de género viven la violencia de forma directa, aunque no la presencien o la sufran en forma de agresiones hacia su persona.

El normal desarrollo psicosocial de los niños y niñas requiere como mínimo la satisfacción continuada de tres necesidades esenciales, seguridad, afecto y estímulo adecuado a su edad.

Para los hijos e hijas, la vivencia traumática de la madre es percibida de forma nítida y se traduce en una percepción de peligro y desorden que puede generar un profundo estrés.

Los hijos e hijas se sienten a menudo en medio de dos figuras cuyas funciones son inoperativas y dañinas. La utilización del padre en la relación con la madre puede generar sentimientos de frustración y culpa.

Los hijos e hijas viven la violencia dentro del hogar como un secreto que les hace ser diferentes del resto de iguales.

Los hijos e hijas necesitan expresar lo vivido y desarrollar un relato que ordene el proceso por el que han pasado.

La violencia en la que estos menores se ven inmersos se suele producir en periodos de su vida especialmente sensibles para su desarrollo personal y tiene consecuencias físicas, emocionales, cognitivas y conductuales claramente demostradas con evidencias científicas.

Si bien la repercusión de la violencia afecta de forma diferente en función de la edad en la que se produzcan, hay que destacar que contrariamente a lo que popularmente se piensa, a menor edad del menor, mayor daño cognitivo y emocional. Así mismo el tiempo de exposición a la violencia tiene una incidencia directamente proporcional aumentando el daño e interfiere con la posibilidad de recuperación a futuro.

La violencia del maltratador genera, a veces en algunas madres, una situación de estrés que impide que activen sus competencias maternas de estimulación, afecto y apego positivo. Por lo tanto estos niños y niñas a veces se encuentran con una ausencia de buen trato que también incide en su desarrollo.

La situación traumática en la que estas niñas y estos niños han vivido genera en ellos una percepción de indefensión y falta de control de sus vidas.

Los comportamientos que tienen los niños y niñas son respuestas de supervivencia que elaboran para adaptarse a su medio, generando estrategias para autoprotgerse del miedo y alarma permanente en la que viven. Estas respuestas son variadas, se pueden manifestar



como conductas violentas hiperactividad, exceso de control, pero todos los comportamientos responden a estrategias elaboradas para enfrentarse a la situación de estrés vivida.

El diagnóstico de problemas de comportamiento, que estas niñas y niños pueden manifestar, debe hacerse desde la comprensión de lo vivido y desde su posición de víctimas, evitando la estigmatización del trastorno patológico y enfocando su recuperación en el aprendizaje de nuevas conductas sin juzgar ni culpabilizarles por sus comportamientos.

Para la recuperación de los menores es importante proporcionar un entorno seguro, experiencias positivas en ambientes amables y rutinas estables que les permitan recuperar la sensación de control.

Las profesionales de los centros de acogida y los/as docentes en muchos casos son tutores y tutoras de resiliencia que juegan un papel esencial para la recuperación de los menores y las menores, ya que les permiten acceder a modelos de referencia positivos en su vida.

La intervención terapéutica que se realiza con las madres facilita al menor y a la menor su propia recuperación ya que permite a la madre restablecer sus competencias maternas para el cuidado y fortalece el vínculo madre –hijo / a.

Es importante ofrecer al niño y a la niña la posibilidad de ser escuchado y de hablar sobre sus sentimientos para que pueda liberar toda la angustia reprimida y normalizar sus emociones. La verbalización del trauma es terapéutico, ya sea desde lo verbal o a través de juegos, dibujos o relatos se les puede ayudar a romper su silencio, para liberarse de sus sentimientos de culpa y vergüenza y poder explicarse a sí mismos lo que han vivido.

La terapia con los menores debe basarse en generar respuestas positivas frente a la violencia. Ayudarles a comprender su papel de víctimas, haciéndoles entender que no son culpables de las situaciones que han vivido y enseñándoles nuevas estrategias personales para que se hagan sujetos responsables de su propio cambio, poniendo en valor muchas de las estrategias adquiridas como mecanismos de supervivencia que les posicionan ante el mundo como personas con muchos recursos.

Incorporar en el proceso terapéutico la ideología de género les permitirá cuestionar su posible sistema de valores y las creencias asociadas a los estereotipos de género para eliminar posibles comportamientos violentos o de dependencia que pudieran seguir reproduciendo violencia en sus relaciones de futuro.

Es esencial en el tratamiento terapéutico de estos niños y niñas el trabajar para aumentar la autoestima, reforzando comportamientos positivos, así como proporcionándoles



situaciones, experiencias y actividades en las que se puedan desenvolver con éxito y les permitan reestructurar el concepto que tienen de sí mismos y de sí mismas.